
Cosas que Pasan

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7670

Título: Cosas que Pasan

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 31 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 31 de agosto de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Cosas que Pasan

A Ezeauiel Ubaiubá.

Desde la tarde en que Ismael Martínez se enderezó y echando a la nuca el chambergo había gritado:

—¡No permito que naides hable de la finada mi mujer!—ninguno se atrevió a mentar en su presencia la dolorosa historia.

La historia era vulgar como un aguacero en invierno: un hombre joven, buen mozo, fuerte, trabajador, sin vicios, a quien su mujer engaña a los pocos días de casado. Él quiso matarla; luego, reflexionando que ni rebenque ni espuela, hacen andar al caballo cansado, prefirió desensillar y largar. La largó, en la esperanza de recomenzar la vida y alzar de nuevo el rancho caído.

Sin embargo, había pasado un año y la tristeza parecía aquerenciada en el alma del gauchito.

—¡Esto no va a salir nunca—dijo una vez;—esto es como palo ande dentra la polilla: no tiene remedio.

Lo dijo en un obscurecer caliginoso, bajo un ombú que había oído prosiar a los blandengues de Artigas; y el viejo Torcuato, que, bajo el mismo ombú había escuchado lamentarse a los guayaquises de Rivera, le pialó la frase y la volcó de lomo:

—¡Palo que vive no se apelolla nunca!...

De seguida, aprovechando el momentáneo sometimiento del mozo, echóse a decir:

—No' hay carne fiera pal que sabe asarla... Mira... Yo supe tener un amigo llamao Dionisio Lafuente... Era mozo guapo, juerte pa la lidia y güeno como una madre... Se le atravesaron unas naguas. Amó. El cura le ató la collera. Él se asemejaba a la gramilla que cuanti más la comen, más retoña pa dar de comer a más animales: ella era como el míomío que vive p'hacer reventar al que lo masca... Él la cuidaba mesmo que se cuida un parejero... Vino un cachorro... Dionisio puso doble al cariño de su mujercita... Vino un día... en que le pasó lo mesmo que a vos, en que, como vos, tuvo ganas de probar el filo del facón, y en que, carculando el ancho del arroyo, agarró el de amansar potros, le calentó los costilares y la hizo juir pal campo, yegua orejana cuya cría pertenece a quien la marca!...

Y después si te he visto no me acuerdo y échale sebo a las brasas que la cocina está escura!...

Tosió el viejo; miró a Ismael que lagrimeaba, y continuó:

—Dionisio se quedó con el guacho, y se puso a plantar en el alma varejones de sauces, que echaban ramas y más después se secaban. Y su alma estaba siempre seca y dura como camino de sierra. Y una vez el muchacho se apestó, le dentro fiebre y comenzó a balar.

—¡Mamita!... ¡Mamita!... ¡Mamita!...

Dionisio estuvo peludiando un tiempo largo en el pantano 'e la duda y al cabo y al fin se arremangó la consencia y... ¿comprendes?

—No comprendo,—respondió hosco el gauchito.

—Pues mandó buscar a la indina, y en el empeño de salvar al cachorro moribundo, sobre los terrones del rancho caído levantaron otro rancho y aura viven felices, al calor de sol que lo mesmo protege al trigo que al abrepuña!...

—¡Güeno pa la gente sin recuerdo!—exclamó Ismael.

—Mira muchacho,—observó el viejo;—si uno hubiera 'e vivir de los recuerdos, no sembraría después que la helada le perdió una cosecha, ni gastaría en carneros cuando un temporal le arruinó una parición!...

El joven permaneció largo rato silencioso, luchando entre el orgullo y la afección y dijo al cabo:

—¡No importa!... ¡Las marcas no se borran!...

—Sí, se borran, contramarcando,—respondió sentenciosamente el anciano paisano;—contramarca!...

Ismael guardó silencio; guardó silencio por mucho rato, por un rato largo como un lazo de gaucho antiguo. Cenó poco; ensilló en seguida, montó, partió. Y el viejo don Torcuato pudo ver que, en vez de enderezarse para su rancho, tomaba rumbo opuesto y se iba a galope tendido hacia el sur, en dirección a las Caraguatasas, donde aburrida, triste, solitaria y arrepentida, se consumía la mujercita expulsada a rebenque.

Y el viejo sonrió.

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.